

La fe poco común de un país diezmado por Boko Haram

Alrededor de las 8 a. M. En una fría y polvorienta mañana de domingo a mediados de enero, dos guardias de seguridad fuertemente armados se mantuvieron distantes, casi inaccesibles, en la puerta de la iglesia católica St. Hilary en el barrio Jiddari Polo de Maiduguri, la ciudad más grande del noreste de Nigeria. Mientras los secos vientos de Harmattan barrían la ciudad, la gente caminaba hacia la iglesia, con las manos levantadas hacia los guardias que estaban alertas por escuchar un pitido de advertencia mientras registraban a los feligreses con detectores de metal de mano.

Una vez que el coro comenzó a tocar el himno de entrada, dos lectores y seis jóvenes monaguillos ataviados con albas leñosas adornadas con cinchas con borlas se procesaron desde la entrada principal en la parte posterior de la iglesia.

El sacerdote comenzó la Misa con la señal de la cruz y dio la bienvenida a la gente. Su casulla verde, que representa la promesa de una nueva vida y esperanza, era perfecta para un día como este. El nuevo año todavía estaba fresco, y para cientos de nigerianos que visitan esta iglesia todos los días, gente que ha sido expulsada de sus aldeas hacia la seguridad comparable de la ciudad, la esperanza es un bálsamo para sus heridas.

Los miembros del grupo militante islamista Boko Haram han diezmado sus comunidades y aldeas, dejando en su camino un rastro de sangre y escombros, recuerdos dolorosos y dificultades. Desde que los militantes comenzaron sus ataques en 2009, buscando establecer un califato islámico en el norte de Nigeria, han matado a unas 20,000 personas y han obligado a más de dos millones a huir de sus hogares.

Designado como un grupo terrorista por los Estados Unidos en 2013, Boko Haram ganó prominencia internacional en abril de 2014, cuando sus militantes secuestraron a 276 colegialas de sus dormitorios en Chibok, una ciudad predominantemente cristiana a unos 80 kilómetros de Maiduguri, la capital del estado de Borno. (Desde el secuestro, hasta 164 niñas han escapado o han sido liberadas por las autoridades).

La historia de un superviviente

Entre la congregación de St. Hilary este domingo se encuentra Rebecca Bitrus, cuya mirada desenfocada sugiere una historia de dolor, perseverancia y, finalmente, esperanza. St. Hilary, dice ella, es el único lugar donde ella puede liberarse de su dolor y renovar su fe en Dios.

Cuando militantes atacaron su ciudad de Baga una noche de agosto de 2014, ella y su esposo, Zachariah Bitrus, trataron de escapar. Pero sus hijos redujeron la velocidad de sus pasos. Mientras los militantes se acercaban a ellos, la Sra. Bitrus, consciente de que Boko Haram estaba matando a la mayoría de los hombres y niños que capturaron, instó a su esposo a que la dejara a ella y a sus dos hijos y huyera.

Los miembros del grupo militante islamista Boko Haram han diezmado sus comunidades y aldeas, dejando en su camino un rastro de sangre y escombros, recuerdos dolorosos y dificultades.

La luchadora que había estado persiguiendo a su esposo pronto se dio por vencida y regresó a donde estaba con sus dos hijos: Zachariah, de 3 años, y su hermano, Jonathan, que tenían solo un año y cuatro meses. Enfurecido por su fracaso, la golpeó con su arma de fusil, y luego le vendó los ojos. Los militantes la persiguieron durante dos días hasta que llegaron a una cabaña en algún lugar de un denso bosque.

Boko Haram tiene una historia de obligar a las mujeres cautivas a convertirse al Islam y convertirse en las esposas de sus luchadores. "Me dijeron que tengo que renunciar a mi fe ... o que me matarán, así que iré a ver al verdadero dios al que sirven, [y verán] que Jesús no es el Señor", recuerda la señora Bitrus.

Durante los dos años que estuvo en cautiverio, la señora Bitrus estaba sumida en la servidumbre: lavó, cocinó, buscó agua de un arroyo cercano y limpió las habitaciones de los combatientes radicales. Ella suplicó permanecer en servidumbre en lugar de casarse con un militante de Boko Haram.

Un combatiente se cansó de sus negativas y le quitó a su hijo de sus brazos. Se contorneó hacia un afluyente cercano del lago Chad y arrojó a Jonathan al agua.

"Nunca volví a ver a mi hijo", dice la Sra. Bitrus, sin levantar la cabeza.

Ella se mantuvo fiel a su fe, pero el mismo combatiente la amenazó con arrojar a su hijo superviviente, Zachariah, al mismo río. Esta vez, la señora Bitrus rápidamente consintió en casarse e incluso tomó lecciones de práctica y adoración islámicas.

"Fue solo un medio de supervivencia", dice ella. "Incluso cuando Boko Haram usó armas para obligarnos a orar, por lo general recitaba el 'Ave María' y el 'Padre Nuestro' dentro de mí porque puse toda mi confianza en Dios y nunca iba a renunciar a mi fe".

Cada vez que el hombre con el que se la obligó a casarse intentó tener relaciones sexuales con ella, ella obtuvo heces de su hijo y se las frotó en todo el cuerpo en un esfuerzo por repelerlo. Un día, él se cansó de su resistencia y la violó. Después de un año, ella le dio un hijo.

Su escape fue una sorpresa. Las fuerzas de seguridad nigerianas atacaron la guarida terrorista; y cuando los terroristas huyeron, la señora Bitrus se lanzó al monte con sus hijos. Caminó durante 28 días hasta que llegó a la frontera con la República de Nigeria. Se puso en contacto con las fuerzas de seguridad nigerianas, que la devolvieron a Maiduguri en septiembre de 2016.

De vuelta en Maiduguri, estaba preocupada de que su familia la rechazara. Pero eso no sucedió. "Mi familia y mis vecinos estaban gritando, regocijándose y abrazándome", dice con una sonrisa, antes de soltar una risa feliz. "Incluso el obispo de la Diócesis de Maiduguri me visitó, me consoló y me ofreció alojamiento".

"En medio de todas estas cosas, una cosa que permanece muy fuerte con nosotros que consideramos providencial es el regalo de nuestra fe".

Su esposo, Zachariah Bitrus, de 34 años, observa sin interrumpir mientras cuenta su dura experiencia. Después de tomar un profundo suspiro, él dice que "estaba luchando por comer" cuando fue capturada.

Ahora que ella regresó, el Sr. Bitrus no puede ocultar su emoción: "Estoy agradecido con Dios y muy feliz de ver a mi hijo Zachariah y esposa nuevamente. Es por eso que siempre voy a misa, porque encuentro consuelo y felicidad allí".

El reverendo John Bakeni, secretario de la Diócesis de Maiduguri, dice que la gente aquí ha demostrado "una fe que es poco común".

Inclinándose hacia adelante desde su asiento, explica: "Vivir a pesar de esta insurgencia incluso cuando estaba muy activa, incluso cuando la ciudad constantemente estaba bajo asedio y amenaza, en medio de explosiones y sonidos ensordecedores de explosiones de bombas y disparos, una cosa que fuimos testigo fue la resistencia y el coraje de nuestra gente. Vienen a la iglesia por sus actividades y [la violencia] nunca los detuvo".

Cada persona en la diócesis y casi todas las propiedades y edificios en ella, incluyendo sus iglesias, rectorías, hogares, empresas y escuelas, se han visto afectadas por la insurgencia de Boko Haram.

Según la Diócesis de Maiduguri, cerca de 100.000 feligreses, más de 200 catequistas, 30 monjas y 26 sacerdotes han sido desplazados por Boko Haram. Más de 350 iglesias y estaciones de misión han sido destruidas; 30 escuelas, 17 rectorías, seis hospitales y cuatro conventos han sido completamente arrasados.

"No hay duda de que la iglesia ha sufrido mucho en términos de persecución, en términos de destrucción de las estructuras físicas", dice el padre Bakeni, de 42 años, que también es administrador de la Catedral de San Patricio, también en Maiduguri. "Pero en medio de todas estas cosas, una cosa que permanece muy fuerte con nosotros y que consideramos providencial es el regalo de nuestra fe".

¿Un Boko Haram derrotado?

Cuando el reloj marcaba las 7 de la mañana del día de Año Nuevo, la bandera verde y blanca nigeriana ondeaba en las pantallas de televisión y el himno nacional se reproducía en el fondo. "Hemos ... derrotado a Boko Haram", proclamó el presidente Muhammadu Buhari, vestido con una túnica tradicional azul y un sombrero, hacia el final de su discurso de Año Nuevo.

El primer nigeriano en derrotar a un titular en una elección presidencial, el líder de 75 años llegó al poder en 2015, prometiendo aplastar al grupo militante. El ejército nigeriano, con la ayuda de civiles vigilantes, ha combinado fuerzas con los 8.700 miembros de la Fuerza de Tarea Conjunta Multinacional, que comprende las fuerzas de seguridad de los vecinos Benín, Camerún, Chad y Níger, en un esfuerzo por recuperar el territorio de Boko Haram.

Pero incluso ese esfuerzo no ha significado el final del grupo mortal. Se han informado ataques esporádicos en comunidades remotas y los terroristas suicidas continúan atacando los llamados blancos blandos. El 17 de enero, terroristas suicidas detonaron explosivos en un concurrido mercado abierto en Maiduguri, matando a 12 personas e hiriendo a 65.

El 19 de febrero, un grupo escindido de Boko Haram alineado con el Estado Islámico, secuestró a 110 estudiantes de un internado para niñas en Dapchi, una ciudad en el estado de Yobe, en el noreste del país. Después de las negociaciones con el gobierno, los yihadistas liberaron a casi todas las chicas el 21 de marzo.

Incluso a medida que surgen nuevos grupos, Boko Haram sigue siendo una amenaza en toda la región del Lago Chad, que incluye el noreste de Nigeria. La BBC informó en enero que el grupo es "tan letal como siempre", citando un aumento en los ataques y asesinatos entre 2016 y 2017.

El estado de Borno, que limita con Camerún, Chad y Níger, es el más afectado por la violencia de Boko Haram, y Maiduguri fue una

vez el epicentro de la insurgencia. Hoy, cuando decenas de miles de desplazados internos ingresan a la ciudad, su población se ha duplicado a dos millones, mientras los que huyen de la violencia buscan refugio en campamentos sobrepoblados y comunidades urbanas dispuestas a acoger familias desplazadas por la violencia.

A pesar de los esfuerzos realizados por el gobierno nigeriano y los socios internacionales, la crisis humanitaria en el noreste "sigue siendo grave", dice Samantha Newport, vocera nigeriana de la Oficina de Coordinación de Asuntos Humanitarios de la ONU (O.C.H.A).

En los tres estados más afectados, Borno, Adamawa y Yobe, 7,7 millones de personas siguen teniendo una necesidad acuciante de asistencia humanitaria, y la mitad son niños, según OCHA.

"Esta crisis es una crisis de protección en primer lugar y está estrechamente relacionada con la escasez de alimentos. Sin embargo, los civiles también continúan soportando el peso de un conflicto que ha llevado a un desplazamiento forzado generalizado, y esperamos que se encuentre una solución pacífica en el horizonte ", dice la Sra. Newport.

¿Ha sido derrotado Boko Haram, como afirman las autoridades nigerianas? Una discusión reciente sobre el popular programa "Buenos Días Nigeria" en la televisión estatal entre analistas de seguridad y el General de División Rogers Ibe Nicholas, el comandante de las operaciones de Nigeria contra los jihadistas, ofrece algunas pistas.

"Los insurgentes se han debilitado pero no han sido derrotados", reconoció el General de División Nicholas durante el show el 22 de marzo.

Diócesis de los Desplazados

La ascendencia de Monseñor Oliver Doeme como obispo de la Diócesis de Maiduguri se produjo en 2009, cuando la insurgencia comenzó a asentarse. No era el mejor momento para pastorear un rebaño en la parte norte de mayoría musulmana del país, ya que los cristianos pronto se vieron gravemente amenazados por el terror de Boko Haram.

Desde que comenzó la insurgencia, el Obispo Doeme ha ayudado a más de dos docenas de sacerdotes desplazados a continuar su ministerio en otras ciudades y pueblos cercanos. El obispo también paga las matrículas para docenas de niños afectados por la crisis. Ha estado visitando gran parte del norte del estado de Adamawa, donde más de una docena de comunidades han sido recapturadas por el ejército. Durante estas visitas pastorales, él predica la reconciliación, el perdón y la aceptación, y alienta a los miembros de la iglesia a nunca perder su fe y confianza en Dios.

La Sra. Bitrus y su familia viven en la propiedad provista por el obispo de la Diócesis de Maiduguri. El campamento, en un edificio de una planta sin terminar que debía servir como secretaría de la diócesis, alberga a casi 100 feligreses desplazados. El Obispo Doeme apoya al grupo a través de donaciones recaudadas entre católicos de toda Nigeria.

Todas las personas desplazadas tienen una historia similar y triste que contar: los disparos que rompieron la tranquilidad de sus comunidades, los gritos de las personas que fueron asesinadas, el vuelo a ciudades y pueblos más seguros con poca comida o agua, los niños que murieron de hambre a lo largo de el camino y el sufrimiento que los envuelve cuando se despiertan todas las mañanas en Maiduguri.

Todos los desplazados tienen una historia similar y triste que contar: los disparos que rompieron la tranquilidad de sus comunidades, los gritos de las personas que son asesinadas.

Desde febrero de 2008, Mathew Biru había servido como catequista en la iglesia de San Pío en la ciudad de Baga, a casi 125 millas de Maiduguri. El Sr. Biru recuerda a Baga como una ciudad bulliciosa con grandes mercados y tres iglesias católicas que estaban "llenas de miembros".

El 3 de enero de 2015, los combatientes de Boko Haram asaltaron la ciudad pesquera a orillas del lago Chad. Durante más de dos días, los milicianos radicales se lanzaron a una matanza que se extendió a la cercana aldea de Doron Baga e incendió miles de edificios. Cuando finalmente terminó la orgía de violencia, se calcula que unas 2.000 personas habían sido asesinadas.

Cuando ocurrió el alboroto, el Sr. Biru, padre de seis hijos, se escondió en su casa hasta el anochecer. Afortunadamente, él había trasladado a su familia a Maiduguri días antes del ataque. Al caer la noche, caminó cautelosamente a través de su patio trasero y escapó a un campo abierto. Después de pasar tres días en el monte, encontró el camino hacia Maiduguri. Se ha reunido con su familia y ahora trabaja como catequista en las afueras de la ciudad.

"Boko Haram prendió fuego a las tres iglesias católicas de Baga", dice el Sr. Biru, de 47 años. "No somos mejores que aquellos que murieron; es solo un milagro que hayamos sobrevivido. Esa es una razón más por la que tenemos que servir a Dios de todo corazón".

Blessing James, quien huyó de Baga durante el ataque, ahora vive en la secretaría con sus nueve hijos y esposo. "No tenemos dinero,

no tenemos a dónde ir, no hay suficiente comida, ni trabajo, nada", dice la señora James, de 32 años. "Pero tenemos a Dios y al obispo que nos alienta siempre y nos ayuda con lo que sea que tenga".

Viuda por la insurgencia en 2015, Ruth Albert viene a St. Hilary's a misa todos los días porque "es el único hogar donde me siento segura". La Sra. Albert dice que su familia está "sufriendo mucho". Se vio obligada a trabajar fuera del hogar, en los servicios de limpieza y lavandería de casas, para proveer para sus seis hijos.

"[Mi esposo] siempre proveía por todas nuestras necesidades y pagaba los aranceles escolares de nuestros hijos, pero ahora que ya no está, yo luché por satisfacer las necesidades de mis hijos". La Sra. Albert baja la cabeza mientras habla y se cepilla la falda contra su cara para limpiar las lágrimas.

El padre Bakeni entiende su dolor. "Hemos perdido casi todo", dice, "pero una cosa que nunca perdimos fue nuestra fe". Eso fue lo único que nos quedó, y eso fue lo único que tuvimos para aferrarnos".

La gente sigue siendo fuerte. "No es más que fe, coraje y determinación para vivir el Evangelio, e incluso si eso significa dar nuestras propias vidas por ello, en algún momento estábamos listos", dice el padre Bakeni.

Él piensa que, después de todo, podría haber una conexión entre la pobreza y la constancia de las personas al servir a Dios. Cada vez que quiere exponer sobre este punto, el padre Bakeni se levanta de su asiento, energizado, con los brazos extendidos. "El sufrimiento lo llama a uno a reflexionar sobre la vida, buscar algo que consuele, conforte y solucione", dice, aunque rápidamente agrega que el sufrimiento no es un sacramento.

El padre Bakeni cree que los africanos se inclinan fácilmente hacia Dios cuando están angustiados. Esto podría no ser "lógico" para un occidental, dice, pero "si lo observas de cerca cuando la gente está muy cómoda, a veces la tendencia es que Dios no ocupa mucho espacio en sus propias vidas".

Ataques en la misa

La iglesia en Maiduguri no ha sido la única en experimentar ataques con bombas durante la misa.

En la mañana de Navidad de 2011, los feligreses de la Iglesia Católica de Santa Teresa en Madalla, cerca de la capital nigeriana de Abuja, se desbordaron cuando una bomba explotó y mató a más de 30 personas. Antes del final del día, los ataques a otras iglesias en otras cuatro ciudades dejaron al menos 50 heridos y más de 10 muertos.

En 2012, hubo más explosiones en la Iglesia Católica de San Juan en el estado de Bauchi, en el noreste de Nigeria, y dos en el estado de Kaduna, al noroeste (la Iglesia Católica Kings en Zaria y la Iglesia Católica de Santa Rita en la aldea de Malali). Unas 20 personas murieron en estos ataques y 140 resultaron heridas.

En los ataques de represalia que siguieron a los bombardeos en Kaduna, jóvenes cristianos furiosos sacaron a los musulmanes de sus automóviles y los mataron. Se temía que las represalias pudieran desencadenar un conflicto sectario generalizado. El padre Bakeni dice que tales ataques de represalia fueron "pocos" y agregó que los cristianos con mayor frecuencia "estaban en el extremo receptor" de las represalias.

El padre Bakeni dice que las iglesias fueron atacadas al comienzo de la insurgencia en gran parte debido a la ideología que impulsó la campaña. Boko Haram, más o menos "La educación occidental está prohibida" en idioma hausa, lanzó su campaña oponiéndose a la educación contemporánea en Nigeria.

Él dice que Boko Haram ve a los cristianos como "infiel" y conecta el cristianismo con el avance de la educación secular y la cultura occidental en Nigeria. "Boko Haram englobó estas instituciones porque dicen que los misioneros [occidentales] trajeron la educación occidental", dice. En una campaña centrada en la lucha contra los valores occidentales, los militantes perciben los ataques a escuelas e iglesias como legítimos, explica.

En una campaña centrada en la lucha contra los valores occidentales, los militantes perciben los ataques a escuelas e iglesias como legítimos.

Hasta el otoño pasado, el grupo radical islamista había destruido 1.400 escuelas, matando a más de 2.295 maestros y desplazando a 19.000 maestros.

La religión, al parecer, es útil como justificación para sus ataques. "Todo lo que se pelea bajo una bandera religiosa evoca emoción y simpatía, y de alguna manera le da credibilidad y justificación", dice el padre Bakeni. Él dice que la mayor parte del conflicto en el norte de Nigeria es "claramente un conflicto religioso" porque los lugares de culto a menudo son atacados y las personas son asesinadas o mutiladas por su religión.

Esto no ocurre solo entre los cristianos de la región. Los terroristas suicidas también detonaron bombas en mezquitas y atacaron a religiosos musulmanes y líderes tradicionales que desafiaron su campaña de terror. En noviembre de 2017, un ataque con bomba en

una mezquita en la ciudad de Mubi, en el estado de Adamawa, mató al menos a 50 personas. Y en mayo 86 más murieron en Mubi después de que una mezquita y un mercado fueron atacados por atacantes suicidas.

Pero más allá de la religión, el padre Bakeni razona que podría haber otros impulsos subyacentes de la insurgencia, incluidos factores "sociales, políticos y económicos" como la pobreza, el desempleo y la insatisfacción prolongada con la clase política.

Una fuerza de respuesta rápida

La rápida reconstrucción de muchas de las iglesias y escuelas en Maiduguri oculta la destrucción que ha experimentado la diócesis. Parece que la insurgencia al final ha creado un sentido más profundo de unidad y colaboración entre los católicos en Nigeria, y muchos han sido generosos en su apoyo. Después de que Boko Haram asaltó comunidades y obligó a huir a decenas de miles, las iglesias católicas en otros estados nigerianos y la Conferencia de Obispos Católicos de Nigeria ayudaron a la Diócesis de Maiduguri con ayuda financiera, comida y más. El clero de Maiduguri, que recorrió varias arquidiócesis y diócesis de Nigeria para pedir apoyo, por lo general fue bien recibido y asistido sin vacilación.

La mayor parte de la intervención humanitaria diocesana es ejecutada por su Comisión de Justicia, Desarrollo y Paz, incorporada en Nigeria como una organización sin fines de lucro católica que es parte de una red de servicios más amplia de la iglesia aquí. En Maiduguri, la C.J.D.P. brinda ayuda humanitaria a los pobres y promueve el desarrollo rural y la consolidación de la paz.

El reverendo Timothy Cosmos Danjuma es el coordinador de la C.J.D.P en la Diócesis de Maiduguri. El padre Danjuma se mudó a Maiduguri hace tres años después de que los combatientes de Boko Haram invadieran su parroquia, la Iglesia Católica San Pío XI en Muvudi, una aldea en el Estado norteño de Adamawa.

Con un equipo de 35 trabajadores remunerados y 100 voluntarios, la C.J.D.P distribuye periódicamente alimentos y materiales de ayuda tales como estereras, cubos, jabón y mosquiteros.

"La última vez que distribuimos ayuda fue en diciembre de 2017, y llegamos a 1.017 hogares independientemente de la religión", dice el padre Danjuma. La organización sin fines de lucro sirve a cuatro campamentos cristianos, incluidos los desplazados internos en la secretaría de la diócesis y en el campamento de la Asociación Cristiana de Nigeria en Wulari.

Catholic Relief Services ha estado trabajando para reconstruir las vidas y los medios de subsistencia de las personas desplazadas internamente dispersas a lo largo de muchos campamentos de la ciudad.

La C.J.D.P. ha estado reconstruyendo iglesias y escuelas y proporcionando ayuda a las personas desplazadas con sus socios, incluido Misereor, un grupo antipobreza patrocinado por los obispos católicos alemanes; Missio, la caridad oficial de la Iglesia Católica para misiones en el extranjero, que opera desde Londres; la organización no gubernamental estadounidense de derechos humanos Christian Solidarity International; y Caritas Nigeria, el brazo de ayuda oficial de la Conferencia de Obispos Católicos de Nigeria.

La organización humanitaria católica internacional con sede en Alemania Ayuda a la Iglesia Necesitada también otorgó una subvención de \$ 75,000 a principios del año pasado para 5,000 viudas y 15,000 huérfanos que están bajo el cuidado de la Diócesis de Maiduguri. Y Catholic Relief Services (C.R.S.) proporciona honorarios, libros de texto y uniformes para casi 100 niños que son católicos, según la C.J.D.P.

Desde mayo de 2015, el C.R.S. también ha colaborado con la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional a distribuir más de 8,500 cupones electrónicos a cristianos y musulmanes desplazados para permitirles comprar alimentos y artículos para el hogar en los mercados locales.

"Esta tarjeta ha cambiado mi vida. Puedo comprar arroz, maíz y muchas otras cosas como Omo [un detergente local] con esta tarjeta", dice Yakura Aisami, quien vive con sus seis hijos en una tienda de campaña proporcionada por el C.R.S. en el campamento de Muna en las afueras de la ciudad.

El C.R.S. también ha estado trabajando para reconstruir las vidas y los medios de sustento de los desplazados internos esparcidos por muchos campamentos en la ciudad. No sólo les proporciona refugio, sino que también distribuye semillas, regaderas, azadones y rastrillos para que puedan comenzar a cultivar de nuevo dentro de la seguridad del campamento.

El padre Bakeni dice que estos socios internacionales son su "fuente de fortaleza y coraje" y han ayudado a la iglesia en Maiduguri a "ver el significado y el valor de nuestra fe".

Él dice, sin embargo, que es "muy triste" que la iglesia apenas reciba ayuda del gobierno nigeriano y ha llegado a confiar en el alivio internacional.

Una oración de esperanza

Alrededor de las 6 pm de un lunes por la tarde a mediados de enero en el recinto de la secretaría de la Diócesis de Maiduguri, niños con suéteres desgastados y camisetas juegan en la arena detrás de la Iglesia Católica de Santa Hilary. En la entrada de la secretaría, una anciana le dice a cualquiera que se preocupa por escuchar que no ha comido nada desde la mañana. "Por favor, cómprenme comida", le dice a una mujer de mediana edad que camina por el campamento.

Dentro del complejo, las personas comienzan a formar un círculo con rosarios con cuentas blancas colgando de sus manos. Con las manos juntas y la mirada fija en el suelo, Ladi Iliya, de 12 años, hace la señal de la cruz y entona en Hausa: "En nombre del padre ...". La multitud se une rápidamente y hace eco: "... y del Hijo y el Espíritu Santo, Amén".

Aquí es una rutina que todas las personas se reúnan para rezar el rosario todos los días, excepto los domingos.

Magdaline Patrick dice que el rosario se ha convertido en "parte de nosotros ahora" y "mientras más lo rezamos, nuestra esperanza y fe sigue siendo fuerte". Patrick huyó después de que los militantes atacaron la remota área de Gwoza en el estado de Borno y asaltaron el campamento de entrenamiento de la Fuerza de Policía Móvil en la ciudad en agosto de 2014. Los recuerdos permanecen, los dolores casi la sofocan, y la angustia actual derivada de su existencia mano-a-boca la hace querer darse por vencida.

Pero más allá de la charla y el rumor de los niños gritando, aplaudiendo y cantando alrededor del edificio, hay mucho más en este campo que apenas se nota desde el exterior. Todo lo que hacen aquí, desde compartir alimentos hasta orar juntos todos los días y asistir a misa, es una forma de aliento, renovación y esperanza.

Este artículo también apareció impreso, bajo el titular "Fe infrecuente: una iglesia sufriente busca la paz en el norte de Nigeria, devastado por la guerra", en el número del 20 de agosto de 2018.

Linus Unah es un periodista independiente con sede en Lagos, Nigeria. Escribe sobre salud global, conflicto, agricultura y desarrollo.

* Artículo reproducido con el debido permiso de America the Jesuit Review. America the Jesuit Review no se hace responsable por la traducción. La traducción ha sido realizada por Francisco Luciani para Teología Hoy.